

¿Cómo se condujo Montaigne en sus funciones de primer magistrado de una gran ciudad? Si lo tomáramos al pié de la letra y juzgáramos por la primera apariencia, creeríamos que habia cumplido algo muellemente. Horacio, hablando de sí propio, ¿no ha dicho que cierto dia, en la guerra, dejó caer su escudo (*relicta non bene parmula*)? No creamos siempre á estas gentes de gusto; los espíritus delicados y vivos suelen cumplir más que prometen en cuestiones de actividad y vigilancia. Alguno que se alaba y hace ruido, será, estoy casi seguro, ménos vigilante que Montaigne en el consejo, ménos bravo que Horacio en la pelea.

Al tomar posesion de su difícil cargo, tiene Montaigne buen cuidado de prevenir á los Señores de Burdeos que no esperen encontrar en él lo que no hay; se expone sin aparato: « Voy á descifrarne, dice, fiel y concienzudamente, como siento que soy; sin memoria, sin vigilancia, sin vigor, sin experiencia; pero tambien sin odio, sin violencia, sin ambicion ni avaricia. » Declara tambien que al encargarse de los negocios de la ciudad no piensa tomarlos tan á pecho como su digno padre, el cual al fin perdió la tranquilidad y la salud. Su opinion es que debemos *prestarnos* á los otros y no *darnos* más que á nosotros mismos. Recalcando el pensamiento, segun su costumbre, con toda clase de imágenes y formas pintorescas, dice que si se deja llevar algunas veces al manejo de negocios que le son extraños, ofrece « tomarlos por su mano, no por el pulmon ni por el hígado. » Así pues, el alcalde y Montaigne son dos personas distintas; dentro de sus funciones se reserva cierta libertad y seguridad secreta. Continúa juzgando de las cosas á su guisa y con imparcialidad, sin ser desleal por eso á la causa que representa ó se le ha confiado. No aprueba ni disculpa lo que en su partido encuentra censurable, y aun tratándose del adversario, sabe discernir y dice; « ha hecho mal tal cosa y bien tal otra. » Digamos de paso que los jefes de los partidos eran hombres de fama y notables por diversos títulos, eran los tres Enriques: Enrique, duque de Guisa, jefe de la Liga; Enrique, rey de Navarra, jefe opuesto; el rey Enrique III que oscilaba entre los dos, y en cuyo nombre era Montaigne alcalde.

El principio que observó Montaigne en su administracion fué el de dirigirse al fondo, al hecho, al resultado, no concediendo nada á la

exterioridad ni al vano brillo: « Cuanto más brillante es una accion, pensaba, tanto más le niego su bondad, porque es de temer que se haya ejecutado más bien para ser brillante que para ser buena. » Y agrega: « Puesta en el escaparate ya está medio vendida. » Por eso él no exponia nada, no se exhibia, no alardeaba sus hechos; no abusaba de nada ni de nadie; empleaba útilmente su espíritu de conciliacion y todas las cualidades personales que debia á la naturaleza. Más queria evitar que reprimir. » ¿ Hay quien desee estar malo, decia alegremente, para ver si su médico le cura? ¿ No mereceria ser azotado el médico que deseara la peste para poner en práctica su arte? » Léjos de querer que las dificultades realzaran y honraran su gobierno, *arribaba el hombro* de buena voluntad para prevenirlas ántes que nacieran. No era de los hombres que se apasionan y embriagan con honores de municipalidad, con *glorias de barrio*, como él dice, cuyos rumores vagan entre dos esquinas; si hubiera sido amante de la gloria la hubiese puesto más alta. No sé si en un teatro más vasto habria cambiado de procedimiento. Hacer el bien público insensiblemente le hubiera parecido en todo caso el ideal de la habilidad y el colmo de la dicha. « Quien desconozca, dice, la muda tranquilidad, el orden de mi conducta, me concederá á lo ménos el título que me corresponda por mi buena suerte. » Montaigne llegó al término de su magistratura satisfecho de sí mismo, habiendo hecho lo que se habia prometido, y mucho más, ciertamente, de lo que habia ofrecido á los demas.

La carta encontrada por M. Horacio Vieil-Castel viene en apoyo del capítulo en que Montaigne hace su propio juicio en el período de su vida pública. « Toda esta carta es de negocios, dice M. Payen. Montaigne es alcalde; Burdeos preludia nuevas turbulencias; el lugarteniente del rey está ausente. Era el miércoles 22 de Mayo de 1585; Montaigne que vela toda la noche escribe al gobernador de la provincia. » La carta es de un interes demasiado local para insertarla aquí y puede resumirse en bien pocas palabras: el alcalde siente la ausencia del mariscal de Matignon, teme que se prolongue, ofrece tenerle al corriente de todo lo que ocurra y le suplica que vuelva tan pronto como sus negocios lo permitan. Agrega que no omitirá ningun cuidado y que expondrá su vida en caso necesario para mantenerlo todo en

la obediencia del rey. Montaigne no era pródigo de frases y protestas y lo que en otro sería una mera fórmula es en él una verdad. Ofrece despachar inmediatamente un propio á la primera novedad, previniendo por si acaso que los movimientos suelen ser imprevistos, sorprendiendo á veces á las autoridades más vigilantes y no dando tiempo para ponerse en guardia.

Al fin estalla la guerra; las partidas amigas y enemigas infestan el país; Montaigne es injuriado y maltratado por unas y por otras. « Sufrí los inconvenientes, dice, que produce la moderacion en tales circunstancias. Los gibelinos me consideraron güelfo y los güelfos gibelino. Me desollaron vivo los unos y los otros. » En medio de sus agravios personales, sabe elevar sus pensamientos á la consideracion de las desgracias públicas y reflexionar sobre la degradacion de los caractéres. Mirando de cerca los partidos se avergüenza de que jefes de cierto renombre se rebajen y envilezcan por complacencias cobardes. « Me place, exclama con ironía, ver cuanto hay de cobarde y pusilánime en la ambicion; por cuantas humillaciones pasa para llegar á su objeto. Lo que me desagrada, añade con dolor, es ver naturalezas capaces de justicia corrompiéndose todos los dias en esta confusion. Teníamos sobradas almas mal nacidas sin que se degradaran las buenas y generosas. »

Lastimado por mil ofensas y males que llegan uno tras otro (él los hubiera preferido juntos); perseguido por la guerra, la peste y otras plagas (Julio de 1585); vejado de mil maneras, se pregunta si al paso que van las cosas encontrarán él y los suyos asilo y subsistencia. « Al caer á plomo desde tan alto, se debería encontrar una afeccion sólida, de las que son tan raras si hay alguna. » En esta manera de expresarse bien se ve que La Boëtie no existe ya.

Montaigne vencido y solo y desamparado, cree llegada la ocasion de poner en práctica las lecciones que ha pasado su vida en recoger, acá y acullá, en los libros de los filósofos. Se reanima, y llega al máximum de su virtud. « En tiempos ordinarios y tranquilos nos preparamos á accidentes pequeños y comunes, pero en esta confusion en que vivimos desde hace treinta años, todo frances se encuentra á punto de ver su fortuna destruida. » Y, léjos de abatirse y maldecir la suerte que le ha hecho nacer en edad tan tempestuosa, se felicita de ella: « Agra-

dezcamos al destino, exclama de repente, el habernos hecho vivir en un siglo que no es lánguido, afeminado ni ocioso. » La curiosidad de los sabios busca en el pasado los secretos de la historia ó, como ahora decimos, la fisiología del cuerpo social desnudo. Montaigne nos declara que no le pesa tener ante sus ojos materia que estudiar, « el notable espectáculo de nuestra muerte pública, sus síntomas y su forma; ya que no puedo evitarla me complazco en asistir á ella para instruirme. » Yo no me atreveria á proponer á muchas personas un consuelo de este género; los hombres, en general, no tienen estas curiosidades heroicas y tenaces que tuvieron Empedócles y Plinio el Antíguo, estos dos intrépidos curiosos que iban sin vacilar á los volcanes, para examinar de cerca los trastornos de la naturaleza, con riesgo de abismarse y perecer. En Montaigne, sin embargo, este pensamiento de estoica observacion debía prestarle consuelo hasta en los males reales. Se felicitaba casi de ver cesar aquel estado de cosas, estado de falsa paz y de precaria tregua, régimen de sorda y profunda corrupcion. Notemos que su salud, de ordinario débil, se habia remontado al nivel de su moral, que soportó diversas sacudidas y que tuvo la satisfaccion de convenirse de que era preciso un gran choque para que él *perdiera los estribos*.

Sostínele tambien en sus desdichas otra consideracion más humilde y más humana: el consuelo que nace de la desgracia comun, desgracia compartida y el espectáculo del valor ajeno. El pueblo sobre todo, los campesinos, los trabajadores, le dan un ejemplo digno de ser imitado en la resignacion con que soportan los mismos males que él, y otros males mayores. La peste que diezaba entónces el país se cebaba con más saña en las familias pobres; de aquellas pobres gentes aprende Montaigne la resignacion y la práctica de la filosofía. « Miremos abajo: esos desdichados que inclinan la cabeza y no levantan mano de su obra, no saben á Aristóteles ni á Caton, no conocen ejemplos ni preceptos, y en ellos, sin embargo, podemos aprender la paciencia y la constancia. » Y continúa mostrándolos firmes en el trabajo hasta la extremidad, en el dolor, en las enfermedades y siempre, hasta el momento en que la fuerza física les falta: « Ese que trabaja afanosamente en mi jardin, enterró esta mañana á su padre ó á su hijo; no se acuestan sino para morir. » Todo este capítulo es tan conmovedor como apropiado y bello, teniendo á la

vez una noble elevación estoica y la natural tendencia indulgente y popular de Montaigne.

Escribió este capítulo, que es el duodécimo del libro tercero, en medio de las calamidades públicas que pinta y ántes que terminaran; le puso fin en su forma peculiar poética y ligera, presentándolo como una reunión de ejemplos, como un *ramo de flores cogidas en todas partes*, al que solo había dado el *hilo para atarlas*.

Tal es siempre Montaigne; aunque hable en serio de los asuntos más graves, corona con una gracia lo que dice. Para juzgarle basta abrir una página cualquiera y verle discurrir sobre cualquier asunto; no hay uno solo que él no alegre, fecunde y embellezca.

En una exclamación memorable ha dicho Montesquieu: « Los cuatro grandes poetas Platon, Malebranche, Shaftesbury, Montaigne..... »; Cuán verdadero es este juicio con respecto á Montaigne! Ningun escritor frances, comprendidos los poetas propiamente dichos, ha tenido de la poesía tan alta idea como él. « Desde mi primera infancia, dice él mismo, la poesía me ha enajenado. » Estima con sentido penetrante que « tenemos más poetas que jueces é intérpretes de la poesía, y que es más fácil hacerla que conocerla. »

Es Montaigne el escritor frances más rico en comparaciones, más fértil en metáforas; sus comparaciones son vivas, atrevidas, naturalmente ingeniosas; sus metáforas no se apartan del pensamiento, pero le dan mil vueltas. Bajo este punto de vista, su genio ha excedido al de la lengua. Este inimitable estilo de Montaigne que redobla el sentido por sus rasgos, este estilo varonil y breve, este estilo del que se puede decir que es un continuo epigrama, ó una metáfora sin fin incessantemente renovada, no se ha empleado con éxito más que una vez sola y fué bajo la pluma de Montaigne. Si se quisiera imitarle, aun suponiendo que el imitador poseyera dotes naturales; si se quisiera escribir con el rigor, la exacta correspondencia y la continuidad de rasgos y figuras del original, sería preciso violentar la lengua forzándola á ser más fuerte y más completa poéticamente que en el uso ordinario. El estilo de Montaigne tan consecuente en su variedad de imágenes, exige que se supla por la invención y la audacia lo que falta á la lengua. La prosa francesa no tiene recursos suficientes para que imitando á Montaigne no aparezca el estilo rebuscado.

Se puede afirmar que el estilo de Montaigne está en guerra abierta con el de Voltaire. No pudo nacer y florecer más que en la plena libertad del décimosexto siglo, ni ser empleado más que por un espíritu franco é ingenioso, gallardo y fino, valiente y delicado. El estilo de Montaigne que pareció libre y hasta licencioso, aun en aquel tiempo, se inspiraba y se alentaba, sin embriaguez, en el espíritu puro de las fuentes clásicas.

Tal como es, Montaigne es nuestro Horacio; lo es por el fondo y tambien por la forma y la expresión, bien que por esta va muchas veces hasta Séneca. Su libro es un tesoro de observaciones morales y de experiencia; cualquiera que sea la hoja que abramos, cualquiera que sea la disposición de nuestro espíritu, podemos estar seguros de encontrar algun pensamiento saludable, expresado de una manera viva y duradera, destacándose del fondo en una palabra llena, en una sola línea familiar ó grande. Todo su libro, ha dicho Estéban Pasquier, está lleno de sentencias; las hay para todas las edades, para todas las horas de la vida; no es posible leerlo sin que quede el alma llena y tapizada, ó mejor dicho, armada y revestida. Hemos visto que da más de un consejo útil, más de un consuelo directo, á los que han nacido para la vida privada y se ven arrastrados por los disturbios de la revolución. Tambien los da á quienes como yo, y muchos que yo conozco, sufren las tempestades políticas sin haberlas provocado y sin creerse tampoco de *la madera* de los que las conjuran. Montaigne aconseja, como lo haría Horacio, que se espere todo, pero sin preocuparse prematuramente; que se aprovechen los momentos buenos; que se evite *la locura y fiebre*, dice, *de tomar el abrigo desde San Juan porque habrá de necesitarse para Noche Buena*.